



CAPÍTULO IX

La señora de Chantal considerada como madre.—Modo de criar á sus hijos.—Fidelidad y ternura para con su esposo difunto.—Por amor á Dios y á su esposo, rehusa contraer un segundo y ventajoso matrimonio.

— 1607 —

MIENTRAS tanto, los hijos de la señora de Chantal iban creciendo, y cuanto más adelantaban en edad, más viva era la solitud y más tiernos los desvelos de su madre; no los dejaba ni de día ni de noche; trabajaba con un celo infatigable en formar su espíritu, su corazón, su conciencia; viendo que no tenían padre, ponía en ellos todo el amor que había tenido á su esposo, y al fin de este capítulo veremos cuán profundo y constante era este amor; los amaba con una ternura, que es tal vez una de las maravillas más admirables, pero la menos notada hasta aquí, en una vida tan fecunda en maravillas.

Dos cosas han podido contribuir á dejar en la obscuridad esta parte de la vida de la señora de Chantal. La primera, el acto heroico con que finaliza el primer período de su existencia. La segunda, el modo con que hasta ahora se ha escrito su historia. Lejos de mí el censurar á las piadosas historiadoras, que en el silencio del claustro han recogido con tanto celo, y contado tan tierna y agradablemente las acciones de la Madre de

Chantal. Pero al menos permítaseme lamentarme. Ni la Madre de Chaugy, ni ninguna de las hermanas que declararon acerca de la vida y muerte de nuestra Santa, la conocieron antes de su entrada en la Religión. Declararon lo que sabían, lo que habían visto. Han pintado admirablemente á la religiosa, á la fundadora, á la Santa crucificada interiormente con Jesucristo, y elevada á los grados más altos de unión con Dios; pero ellas, sin embargo, casi no vieron á la señora del mundo, apenas sospecharon á la esposa, y no conocieron á la madre. Aquellos hijos, de quienes se habla constantemente en la correspondencia de San Francisco de Sales y de la señora de Chantal, y que son por parte de ésta objeto de una solicitud tan activa, tan infatigable y aun tan ardiente, y que San Francisco de Sales se ve obligado á moderar; aquellos hijos, digo, apenas son mencionados en las *Memorias*; lo poco que de ellos se cuenta está diseminado en mil diversos lugares y de un modo incidental. Es preciso leer las cartas de los dos Santos, consultar algunos documentos inéditos ó sumamente raros, estudiar noticias sueltas, y con estos datos reconstruir uno de los lados más amables é instructivos de la vida de nuestra Santa.

Hemos dicho anteriormente que durante su corta y pura unión con el Barón de Chantal, tuvo seis hijos en ocho años de matrimonio; dos murieron en la cuna, quedándola cuatro: un hijo y tres hijas.

El hijo, que era el mayor, se llamaba Celso Benigno, é iba á cumplir doce años. Vivo y lleno de talento, de muy buena presencia, valiente hasta la temeridad, y de una franqueza que había de degenerar en dureza. pero que á su edad era encantadora, adivinábanse ya en Celso Benigno aquellas raras cualidades que habían de hacer de él algunos años más tarde, según el testimonio de Bussy-Rabutín, «uno de los más cumplidos caballeros de Francia, por su gallardía, talento y valor.»

«Era extremadamente alegre—continúa Bussy—y decía las cosas con tal gracia, que á todo el mundo divertía (1).» Destinado al Parlamento por el Sr. Presidente Fremiot, que deseaba dejarle su silla hereditaria, se mostró desde luego tan apasionado por las armas, batallas y placeres, que fué menester renunciar á este proyecto y dejarle seguir su gusto. Enviado á la corte, fué bien pronto el mejor adorno y el idolo de ella; y rodeado de una porción de amigos que le echaron á perder con sus lisonjas, y le arrastraron á peligrosas aventuras, en las cuales se jugó mil veces la cabeza, sin perder, no obstante esto, su fe ni su honor, Celso Benigno llegó á ser alternativamente motivo de esperanza y alegría, de temor y dolor supremo para su madre.

La mayor de las tres hijas, María Amada, tenía un año menos que Celso Benigno y era una niña encantadora. «Aunque aún no se descubrían las gracias con que estaba enriquecida, sino como las primeras luces de la aurora ó como los botones de los árboles que prometen bellas flores, todos creían que esta luz naciente sería magnífica en su lleno. Era muy hermosa, alta, de buen carácter, de talento claro y juicio sólido, y muy graciosa en todos sus modales y acciones (2).» Grandes disposiciones para la piedad se juntaban con estas bellas cualidades naturales. «En una edad en que las demás niñas no son capaces más que de juegos inocentes y pueriles pensamientos, María Amada era susceptible de las más profundas reflexiones. La oración mental, que no es sino para los perfectos, principió á ser su diario ejercicio, y era admirable ver todos los días á esta niña en la capilla, delante de su madre, de rodillas como un angelito, sin menear más que sus labios para pronunciar sus oraciones vocales, y concluidas éstas, hacer un largo cuarto de hora de oración mental, sobre el punto

(1) *Genealogía manuscrita de la familia de Rabutín.*

(2) *María Amada de Chantal, por la Madre de Chaugy.*

que su buena madre y directora la había dado, y del cual la daba después cuenta con una fidelidad y claridad admirables (1).» Tantas gracias unidas á tan raras virtudes, decidieron á la señora de Chantal á educarla de modo que el mundo, al que por otra parte se inclinaba, no marchitase su virtud. Así la veremos después atravesar por entre sus escollos sin dar en ninguno, hasta apagarse en la flor de su edad, después de haber sido esposa á los doce años, madre á los diecinueve, viuda al mismo tiempo que madre, religiosa luego de viuda, á un tiempo novicia y profesa en su lecho de muerte, digna por la belleza de sus virtudes, por el encanto de su inocencia y la sublimidad de sus sentimientos en la hora suprema, de haber sido hija de la madre de Chantal y cuñada de San Francisco de Sales.

La segunda hija de la señora de Chantal se llamaba Francisca, y en la lengua, un poco dura, de aquellas campañas se la llamaba Franson. Era una niña muy diferente de María Amada: menos inclinada á la piedad, más viva é impaciente, traviesa, algo impetuosa como su hermano, amando mucho al mundo y poseyendo cuanto es menester para agradarle; «alegre, graciosa, bella, toda fuego y talento, con muy buen aire y modales agradables. No tenía, como María Amada, esas facciones finas y delicadas que encantan, pero sí un no sé qué de noble y grande que causaba admiración; lo bastante, en una palabra, para deslumbrar á los demás y cegarse á sí misma (2).» La señora de Chantal, á quien esta mezcla de buenas cualidades y defectos estremecía, deseaba en el secreto de su alma que Francisca tomase el estado religioso, como se desea ver llegar al

(1) *Noticia inédita sobre la Baronesa de Sales de Thorens, hija mayor de Santa Juana Francisca.* (Archivos de Annecy.)

(2) *Oración fúnebre de la muy alta y poderosa señora Francisca de Rabutin de Chantal, Condesa de Toulangeon, hija segunda de la bienaventurada Madre de Chantal.*

puerto á un navío demasiado débil para desafiar la tormenta. La veremos después, casada con el Conde de Toulangeon, ser una de las mujeres más amables y virtuosas de una sociedad en la que había tantas y tan estimables, y disipar los temores de su madre, dando muestras de la piedad más sólida, á pesar de ser dueña de una colosal fortuna.

Por último, la tercera y la más pequeña de las hijas de la señora de Chantal se llamaba Carlota. Había nacido quince días antes de la muerte de su padre, y las primeras caricias que recibió de su madre habían sido empapadas en llanto. Fuese por este motivo, ó porque tuviese mejores cualidades que sus hermanas, la señora de Chantal fundaba en ella las más lisongeras esperanzas. «Es un carácter angelical — decía muchas veces;—hemos de hacer algo muy bueno de ella.» Carlota tenía, en efecto, y conservó hasta el último día de su corta carrera, la inocencia, el candor y la ingenuidad de un ángel. Era uno de esos seres que Dios muestra á los hombres, pero que reserva para sí; flores del cielo, y no de la tierra, que un Dios celoso se apresura á coger antes que el soplo de las pasiones humanas haya doblado su tallo ó marchitado su brillo.

Todas estas criaturas eran aún muy pequeñas cuando San Francisco de Sales vino á predicar la Cuaresma á Dijón. Ya se sabe cuánto amaba á los niños. «Los acariciaba y mimaba con sonrisa y cariño inimitable, y ellos iban al Santo con toda familiaridad y confianza.» Muchas veces querían sus criados apartar á la multitud de niños que en cuanto le veían corrían á él; pero el Santo Prelado les decía: «Dejadlos, dejadlos que vengán.» Después, acariciándolos y pasándoles su bendita mano por la cara, decía: «Mirad, esta es mi familia pequeña; sí, mi familia pequeña (1).»

(1) *Vida del Ilmo. San Francisco de Sales*, por el Rdo. P. Luis de la Riviere, del Orden de los Mínimos, un vol. en 12.º; Lyon, 1625.

Inútil es decir que de este modo bien pronto fué muy querido de los hijos de la señora de Chantal. No sólo Celso Benigno y María Amada, sino la misma Francisquita tenía un gusto particular en verle y oírle. «Cuando veía entrar al Santo—dice un contemporáneo—se ponía á sus pies; le escuchaba con un gusto poco común en los niños, á quienes sólo las bagatelas llaman la atención. Al ver á esta criatura mirarle y oírle, se hubiera creído que tenía mucha más edad, ó que la piedad se había adelantado á la razón. San Francisco de Sales la quería mucho, y á pesar de la continua presencia de Dios, que le ocupaba enteramente, á pesar de la majestad que su profunda virtud, aún más que su dignidad, hacía brillar en su persona, no podía dejar de acariciarla de ese modo con que se hace uno niño para agradar á los niños (1).» Lo mismo hacía con Celso Benigno, con María Amada, y aun con la pequeñita Carlota. Los nombra, los saluda y los envía un cariño en todas sus cartas. «Nunca saludo á los ángeles sin saludar al vuestro—escribe á la señora de Chantal;—haced lo mismo con el mío. No olvido á Celso Benigno, á quien siempre encomiendo á Dios como á toda vuestra familia.» Y algún tiempo después: «Me encomiendo—dice—á las pequeñas, pero penetrantes oraciones de Celso Benigno; y si María Amada principia á dirigir por mí á Dios algunos pequeños ruegos, los estimaré mucho.» Y en otra carta: «Mucho quiero á vuestro Celso Benigno y á la pequeña Franson; Dios sea su Dios para siempre, y el ángel que bendijo á su madre los bendiga también eternamente.» En otra: «Amo mucho á vuestra pequeñita (Carlota), porque, en efecto, y como decís, es angelical.» En fin, todas sus cartas contienen mil deseos amables y recuerdos afectuosos para la pequeña familia, «que tiene por

(1) *Oración fúnebre de la señora doña Francisca de Rabutin-Chantal, Condesa de Toulangeon.*

suya en nuestro Señor, y cuyas tiernas y penetrantes oraciones reclama sin cesar.»

Por lo demás, fácil es imaginar que en su correspondencia no se limita San Francisco de Sales á sólo deseos respecto á los niños, sino que contesta á las preguntas que sobre su educación le hacía la señora de Chantal. Los temores, los deseos, las esperanzas que forman la dolorosa alegría del corazón de una madre mientras que educa á sus hijos, eran confiados constantemente á San Francisco de Sales, y por sus respuestas conocemos cuán esmerada era la educación que la señora de Chantal deseaba dar á sus hijos.

El que la daba más inquietud era Celso Benigno. Veía en él junto con el germen de las más felices y brillantes cualidades, defectos apenas naciendo, pero que podían ir creciendo y echarlo todo á perder; y como presentía que, á pesar de los deseos de su abuelo, Celso Benigno pasaría probablemente su juventud en la corte ó en el ejército, se asustaba del porvenir de su hijo. Hablaba de esto á menudo con San Francisco de Sales, y por su parte el Santo Obispo, que comprendía la importancia de semejante obra, nada descuidaba para ayudar á la señora de Chantal á desempeñarla dignamente.

Como sucede muchas veces, en el seno mismo de su familia era donde la señora de Chantal encontraba mayores dificultades para la educación de Celso Benigno. Así en Dijón como en Monthelón, la vecindad de sus abuelos le perjudicaba para su educación. En Dijón, ¿podría imaginarlo nadie? el excelente é Ilmo. señor Andrés Fremiot era casi un obstáculo; quería muchísimo á Celso Benigno, aplaudía demasiado sus travesuras y los arranques de su talento, sin cuidar de ocultar su regocijo por tener un sobrino tan cumplido. Celso Benigno lo comprendía, y su natural vanidad crecía de día en día bajo esta influencia. San Francisco de Sales, ad-

vertido por la inquieta madre, toca con delicadeza este punto esencial. «Y en cuanto á nuestro Celso Benigno— escribe,—estoy seguro que su señor tío tendrá más cuidado de su alma tierna que de todas las bellezas de su exterior. Si se tratase de otro tío, yo diría que tuvieseis vos misma un especial cuidado para que no se perdiese ese tesoro de inocencia. No dejéis de sembrar en su alma los dulces y suaves olores de la devoción, y recomendad mucho á su excelente tío alimento bien aquella (1).»

Pero el mayor peligro estaba en Monthelón. El anciano Barón de Chantal, infatuado con sus títulos, orgulloso con su nombre y altos hechos, inspiraba sin cesar á Celso Benigno las ideas más falsas acerca de la verdadera gloria, sembrando en su alma gérmenes de orgullo, altivez é independencia, que ya muchas veces habían producido rebeliones y terquedades. Por esto insiste mucho en este punto San Francisco de Sales. Recomienda á la señora de Chantal «le rebaje mucho la gloria puramente mundana; que le demuestre sin cesar su vanidad, ridiculez y peligro; que no le haga ver la Religión sino bajo su aspecto grande y noble, único capaz de atraer un corazón como el suyo, inclinado á las cosas grandes y elevadas; que le revele esta misma Religión, sobre todo en las obras de abnegación y generosidad, á fin de atacar á Celso Benigno por el corazón después de haberle seducido por la imaginación, llegando por este medio á plantar en su tierna alma pretensiones de servir á Dios, nobles y valientes.» Consejos admirables, en que se ve variar á San Francisco de Sales su método, según la diversidad de los espíritus que dirige, trazando en sólo algunas líneas el más bello y verdadero programa de educación cristiana de los jóvenes.

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

Para secundarla en esta obra difícil, porque no se trataba sólo de formar el corazón de Celso Benigno, no, sino era menester también comenzar á formar su espíritu, tenía la señora de Chantal, cuando estaba en Dijón, á su venerable padre el Sr. Presidente Fremiot, el que á su grande alma y noble carácter unía un talento muy cultivado, versado á un tiempo en el derecho y en la literatura; escribía el latín con tanta perfección como el francés, y era elocuente en uno y otro idioma: de suerte que por las grandes cualidades de su alma, era muy digno de ser padre de la señora de Chantal, y por su gran talento abuelo de la Marquesa de Sevigné.

Pero aunque fuese un verdadero socorro para ayudar á la dirección general de los estudios de Celso Benigno, no era suficiente para todo; y por consejo de San Francisco de Sales, viendo que el niño adelantaba en edad, y que ya era tiempo de ponerle en manos de hombres, se trató de buscarle un ayo.

La señora de Chantal no tuvo que buscarle mucho tiempo, ni muy lejos. Cuando su hermano Andrés fué á París en su juventud para comenzar sus largos y profundos estudios, á la conclusión de los cuales recibió la borla de doctor en Teología y en ambos derechos, fué acompañado y dirigido por un eclesiástico de los más distinguidos, á quien habitualmente se llamaba «el buen Sr. Roberto», porque era sumamente dulce, y tenía una humildad y sencillez encantadoras; pero también se le hubiera podido llamar «el sabio Sr. Roberto», porque seguramente era uno de los hombres más doctos en su tiempo.

Después de haber concluido la educación de Andrés Fremiot, se encargó, á petición de la señora de Chantal, de la de Celso Benigno, y poco después de la de los dos hijos de su hermana, Benigno y Jacobo de Neufchêzes, que eran huérfanos, y á los cuales servía ella de

madre, mostrando en todo esto tanta inteligencia, tan gran corazón y tanto desinterés, que en cambio, la señora de Chantal profesó á este santo Sacerdote un afecto y estimación profunda, unida á un vivo reconocimiento, que se manifiesta todavía treinta años después, y aun en las últimas cartas de su vida.

Un gran descanso fué esta elección para el espíritu del Presidente Fremiot, y un gran consuelo para San Francisco de Sales, al pensar que para una obra tan difícil, y tratándose de un niño cuyo carácter era tan vivo, tan ardiente y tan enemigo de todo freno, la señora de Chantal tendría un buen auxiliar. «He pensado en vuestro querido hijo—la escribe San Francisco de Sales—y, conociendo su carácter, creo que es menester tener gran cuidado de su espíritu, á fin de que ahora se forme para la virtud, ó á lo menos no se incline al vicio; y al efecto, es menester recomendarlo mucho al buen Sr. Roberto, para que éste le haga gustar el bien de la verdadera sabiduría, poniéndole delante el buen ejemplo y observaciones de las personas virtuosas (1).» Y también añade: «Bendigo á nuestro Señor, porque os ha dado al buen Sr. Roberto. Es una gracia extraordinaria para vuestro querido hijo (2).»

Tres ó cuatro años después, cuando la señora de Chantal dejó el mundo para entrar en la Religión, el buen Sr. Roberto estaba allí, en la junta de los parientes, animando á la Santa á realizar su sacrificio, prometiéndola concluir la educación de su hijo, y jurándole no dejarle nunca. Y si algo pudo decidir á la señora de Chantal á dejar su hijo en Dijón, llevando á sus hijas consigo á Annecy, fué, ciertamente, el pensamiento de que, además de su venerable padre, á quien le confiaba, Celso Benigno tendría siempre á su lado al

(1) *Carta de San Francisco de Sales*, edición Migne, tomo VI, página 644.

(2) Carta del 13 de Julio de 1608.

Sr. Roberto. Este, en efecto, cumplió su promesa, y no dejó nunca al joven Barón de Chantal, á quien amaba como si fuese hijo suyo. Vigiló sus estudios, se los hizo acabar, le puso en estado de aparecer de un modo distinguido en la corte, y cuando Celso marchó, por fin, á París, se quedó con sus dos primos, Benigno y Jacobo de Neufchezes, viniendo á ser después, en su vejez venerable, y en medio de esta noble familia, que había llegado á ser la suya, Vicario general de uno de ellos (Jacobo) que fué Obispo de Chalons; y entre las ocupaciones de la triple educación de los hijos y nietos del Presidente Fremiot, todavía tuvo bastante tiempo para enriquecer la literatura católica con la hermosa compilación intitulada *Gallia Christiana*, que adicionaron después los benedictinos sin llegar á concluirla.

Este mismo cuidado y solicitud que tenía la señora de Chantal para con Celso Benigno, le tenía también para con los demás hijos suyos. María Amada, la mayor de las niñas, era objeto de continuas cartas entre los dos Santos. «Ruego á Dios por todos vuestros hijos—escribía San Francisco de Sales,—porque, hija mía, todo esto me parece que me toca tan de cerca, que ningún parentesco podría aumentarlo nada. Quiero decir que los tengo por hijos míos, y los considero como tales en lo íntimo de mi corazón. Pero sobre todo, María Amada, porque es la mayor, estando yo por esto obligado á quererla con más ternura; y también porque un día que no estabais en casa, en Dijón, me hizo muchas caricias, y me permitió la besase con el beso de la inocencia (1). ¿No tengo yo, por lo tanto, mucha razón para rogar á nuestro Señor la haga completamente agradable á su bondad? (2)» Y como se la destinaba á colocarse en el mundo, y todo anunciaba que un día

(1) Era en 1604: María Amada tenía siete años.

(2) Carta del 24 de Enero de 1608.